



ANNE TYLER nació en Minneapolis (Minnesota), en 1941, pero vivió y creció en Raleigh (Carolina del Norte). Se graduó en la Duke University. Estudió lengua y literatura rusas en la Universidad de Columbia. A los veintitrés años publicó su primera novela *If Morning Ever Comes* (1964), con la que inició una carrera literaria que la llevó a colaborar en las más prestigiosas publicaciones estadounidenses. Sus novelas fueron apareciendo con regularidad: *Morgans's Passing*, *Searching for Caleb*, *A Slippin-down Life*, *The Tin can Tree*, *¿Qué fue de Delia Grinstead?* ... Con *Dinner at the Homesick Restaurant* (1982) se colocó en los primeros puestos de las listas de libros más vendidos de su país. *El turista accidental* (1985) fue llevada al cine, y se convirtió en un éxito literario internacional. *Ejercicios respiratorios* la consagró como una de las primeras firmas en lengua inglesa al recibir el Premio Pulitzer en 1988. En *El matrimonio amateur* alteró la gradación vital de una pareja obligando al lector a imaginar episodios de su vida en común dejados conscientemente en blanco. Casada con el psiquiatra de origen iraní Taghi M. Modarressi, de quien enviudó, reside en Baltimore (Maryland). Es miembro de la American Academy and Institute of Arts and Letters.



ÁNGELA VALLVEY ARÉVALO es periodista y escritora. Entre sus libros publicados cabe destacar *A la caza del último hombre salvaje* (Booket, 2008), *Los estados carenciales* (Destino, novela ganadora del Premio Nadal 2002), *El tamaño del universo* (Poesía Hiperión, 1998), *La ciudad del diablo* (Destino, Premio Ciudad de Cartagena de Novela Histórica 2006), *Nacida en cautividad* (Algaida, Premio Ateneo de Sevilla de Poesía 2005), y *Todas las muñecas son carnívoras* (Destino, 2006). Sus novelas han sido traducidas a dieciséis idiomas. Es colaboradora habitual de prensa, radio y televisión.

HOMBRES Y MUJERES TYLER

ÁNGELA VALLVEY ARÉVALO

RESUMEN

Este artículo es una breve mirada sobre los personajes masculinos y femeninos de la escritora Anne Tyler, cuyo indiscutible talento para los caracteres la ha hecho mundialmente reconocida. La autora tiene una inmensa capacidad para bosquejar personajes, sobre todo masculinos, de gran fuerza y originalidad. Es una magnífica retratista de las miserias y alegrías de la clase media occidental.

⇒ PALABRAS CLAVE: narrativa norteamericana, Premio Pulitzer.

Anne Tyler (Minneapolis, 1941) ha sido considerada la heredera de Eudora Welty, aquella escritora que tan bien supo retratar en sus textos las esencias de la tierra sureña que la vio nacer. Pero Tyler, al contrario que Welty, procede de una región del Midwest (Medio Oeste) americano: el estado de Minnesota, cuya población es descendiente mayoritariamente de emigrantes de la Europa occidental. Nació en Minneapolis, en el área metropolitana de una de las Ciudades Gemelas (Twin Cities); la otra es Saint Paul, a la que Minneapolis se enfrenta desde el otro lado del río Mississippi. Minnesota es uno de los estados «más sanos» de la unión, poblado por ciudadanos educados y altamente alfabetizados. Muchos de ellos, como los de algunas comunidades de Saint Paul, con tendencias artísticas. Un estado en el que la naturaleza ha esculpido bosques boreales, inmensas praderas y profundos y hermosos lagos. Sus habitantes suelen tener fama de sensatos y moderados; el sentido

común forma parte de su ADN tal como debe hacerlo el frío y la nieve de los inviernos que azotan sus paisajes.

Tyler creció en Carolina del Norte, estudió literatura rusa y se casó con un psiquiatra iraní con el que tuvo dos hijas. Actualmente vive en Baltimore, una ciudad «independiente» –pues no depende de ningún condado– en la que suele situar las historias de sus personajes.

Es una de esas escritoras admirada por otros muchos escritores (hazaña nada fácil de conseguir), desde John Updike a Ignacio Martínez de Pisón, pasando por Nick Hornby.

Lo mejor de Anne Tyler son sin duda sus personajes. Ellos son la propia historia en todas sus novelas. La escritora sólo precisa inventarlos y echarlos a andar a través de las páginas de sus libros para que tracen por sí mismos, en un ejercicio de naturalidad tan pasmosa que abruma por el talento que derrocha, la realidad narrativa que Tyler quiere contar, los motivos y elementos, la riqueza y el color de un destino existencial que los hace vagar –más bien perdidos– en el mundo simple, ingenuo, surrealista y fragmentado de la clase media occidental contemporánea.

Los personajes masculinos de Tyler son hombres que a menudo carecen de esa brusca y decidida fe en sí mismos tan propia del carácter americano. Monótonos, en ocasiones.

Aferrados a la corriente de sus vidas acomodadas e insulsas, con los dedos asidos a la puerta de la nevera como si se tratara de una tabla de madera en un naufragio, un día se lanzan sin embargo al abismo de lo desconocido –en una boda, un funeral, un aparcamiento, una calle de París...– con la firmeza de una hoja seca arrastrada por el viento que barriera las calles de Baltimore. Los impulsa una cierta virtud, tan cándida y original que llega a resultar

decadente. También una inusitada inclinación al desastre, espiritual y doméstico, o las dos cosas a la vez. Se consumen a la par que renacen, y sus desoladas tristezas cotidianas no dejan de parecer enternecedoramente cómicas para el lector.

Los hombres de Tyler son «redondos» como personajes. No recurren a la violencia porque prefieren la apatía al miedo, la huida al cáliz acre de la existencia que discurre bajo los asoleados adoquines de aparcamientos frente a los grandes supermercados de una típica ciudad norteamericana. Aunque sus corazones no escasean de hondura, aparentan desvanecerse entre la luminosa y atolondrada herida que se inflingen a sí mismos, inducidos por un afán melancólico, casi angelical. Sus figuras despiertan inmediatamente la simpatía del lector –excepto cuando les da por filosofar en exceso–, y sus yoes descarriados alimentan el placer y la falsedad de la lectura a cada línea, con cada frase de diálogos que bordean la frontera entre la más vigorosa lucidez y la más mundana insustancialidad.

El tránsito de Morgan, Reunión en el restaurante Nostalgia, Ejercicios respiratorios y El turista accidental (llevada al cine por Lawrence Kasdan y protagonizada por William Hurt y Geena Davis) dan buena prueba de ello. También *Casi un santo*, impregnada –como bien sugiere el título– de tal ejemplaridad que roza un éxtasis primorosamente ridículo aunque sabio.

La mirada de Anne Tyler sobre la condición masculina está impregnada de una compasión burlona, de una maternal dulzura desolada.

En cuanto a sus personajes «mujeres», habitualmente no salen tan bien paradas. Les falta, por lo general, un poco de esa fiera santidad que adorna a sus hombres como un halo de abejorros dora-

dos prestos a llenar el vacío de su alrededor a picotazo limpio. Los personajes femeninos de Anne Tyler son erizos de mar cargados de remordimientos narcóticos, dispuestos para ser servidos crudos en la cena de un restaurante que bien podría llamarse –cómo no– Nostalgia. La cuidadora de perros de *El turista accidental* es una de sus creaciones más logradas, siempre que vaya acompañada del protagonista masculino de la novela, que le da un esplendor literario y una profundidad que probablemente jamás lograría adquirir por sí sola. En *Back When We Were Grownups* la cincuentona Rebecca se pregunta si su vida tiene algún sentido; lo hace justo cuando todas las mujeres (a cierta edad, ya se sabe) se preguntan lo mismo. Ella lo va encontrando (el sentido) a la par que el pasado le devuelve un amor adolescente, lo que no deja de ser, quizá, un tanto previsible. Tal vez a las mujeres de Tyler les falta ese punto perturbado, que florece hasta convertirse en casi un despilfarro, de sus hombres. En cualquier caso, a menudo logra el milagro de hacer surgir como de la nada un personaje femenino inolvidable: es el caso de la matriarca de *Reunión en el restaurante Nostalgia*, por ejemplo.

Desde luego, si algo no se les puede negar a las novelas de Tyler es que estén desprovistas de originalidad. Escribía Arnold Hauser al respecto que:

Si se quisiera encontrar un criterio de validez general para el arte, podría pensarse como solución en la originalidad. Tal criterio, sin embargo, no existe. Sobre el arte apenas si puede afirmarse nada, de lo cual no pudiera también afirmarse, en cierto aspecto, lo contrario. La obra de arte es, a la vez, forma y contenido, profesión de fe, y engaño, juego y mensaje, próxima y lejana a la naturaleza, con un fin y sin finalidad propia, histórica y suprahistórica, personal y suprapersonal. Ninguno de estos atributos, sin embargo, parece poseer una

validez tan general como el de la originalidad. Para poseer un valor autónomo, más aún, para tener en absoluto calidad artística, una obra de arte tiene que abrir las puertas a una visión del mundo nueva y peculiar. La novedad constituye, no sólo la justificación, sino la condición de existencia de todo arte.

No sabemos si el marido de Anne Tyler, psicoanalista de profesión, tuvo influencia en la autora a la hora de pergeñar sus historias y de idear sus personajes. Es posible que así fuera, y ello explicaría al menos una pequeña parte de la sutil ironía que subyace en todas sus novelas, retratos límpidos y geniales pincelados a medias con la mirada entremetida y cómplice de una moderna Jane Austen y las elegantes garras de una *linsang* hembra de clase media, nacida en la jungla urbana de la muy civilizada Minnesota (si ello fuera posible), que ha leído mucha literatura rusa en Nueva York y conoce –aunque se niega a revelarlo del todo– el secreto de la vida. Al menos, de la vida de clase media americana.